

charlatanes; ya el mercado de flores; ya el bazar estendido sobre el suelo, y do quiera músicas, gritos, cantos, declamacion, gimnasia; do quiera ciencia, movimiento, arte, vida, novedad; do quiera placer, do quiera encanto, do quiera fascinacion para el extranjero; do quiera París en su incontrastable omnipotencia.

Lo repetimos: la *Plaza de la Concordia* es el centro del mundo, la faz de nuestro siglo, el eje de la historia contemporánea, la última y suprema palabra de la civilizacion.

Ni en la tierra hay poder sobre el poder aquí representado, ni el genio del hombre ha inventado nada mas allá de lo que desde aquí se domina.

La obra de los siglos solo ha llegado á este punto.

Por aquí vamos, podemos decir rotundamente.

Las ciencias, la filosofia, las artes, la industria; ¡todas las fuerzas de la humanidad no han producido hasta hoy otro resultado!

Si la civilizacion perfecciona, aquí debemos de encontrar la mayor perfeccion posible.

La dignidad humana, el bienestar general, la paz, la comodidad, la ventura deben de tener aquí su asiento.

¡Esa muchedumbre que vaga en torno de estos alcázares y monumentos; esos seres que han tenido la fortuna de nacer ó vivir en la capital de la nacion mas próspera y adelantada, deben de ser los mas respetables, los mas felices, los mas gloriosos, los mas bienaventurados!

Estudiemos, pues, la condicion dichosa de ese pueblo, aunque solo sea para envidiarla.

Nosotros, miseros españoles, tan atrasados en la senda de la civilizacion, somos mirados aquí, con sobrada justicia, como unos africanos semi-salvajes.

Lo mas que se nos otorga es una insultante benevolencia, una curiosidad maravillada, ó una lastimosa compasion.

¡Desgraciados de nosotros!

Estudiemos, aprendamos á ser hombres civilizados, á ser mortales dignos, á ser grandes y dichosos.

Busquemos en el corazon de esa sociedad el mágico secreto que produce tantos beneficios y regalémoslo á nuestra pobre España, á fin de que en pocos dias consiga realizar su dorado sueño, su ardiente aspiracion, su irresistible deseo de pasar por una nueva Francia.

V.

Excursion al campo.—Mr. Iriarte.—La isla de Croissy.

Uno de mis primeros cuidados en París fue buscar á Mr. Iriarte, mi compañero de tienda en el llano de Tetuan, y cuyo lápiz ilustró mi *Diario de un testigo de la guerra de Africa*.

Parisien de nacimiento, consumado artista y buen amigo mio, mi antiguo camarada era para mí en la gran capital un tesoro inapreciable, puesto que encontraria en él un corazon afectuoso, un piloto que me guiase por entre los escollos de aquella sociedad y una gran inteligencia que esclareciese mis confusas observaciones.

Yo no le habia anunciado mi llegada. Quería sorprenderle. Dirigime, pues, á su casa una mañana muy temprano. Pero allí me dijeron que mi amigo se hallaba en el campo hacia un mes.—No vacilé un punto. Pedí las señas de su retiro, y resolví no parar hasta encontrarle.

Recien entrado en París, no sé por qué me halagaba volver á salir de él. Aquella frase «*está en el campo*» abrió ante mis ojos horizontes suaves y apacibles, y me hizo entrever parajes solitarios y costumbres inocentes, pareciéndome, en fin, muy natural que Mr. Iriarte, despues de pasar un año en Africa y en España, no se aviniera á la vida de París, y buscase con ansia la dulce y noble compañía de la madre naturaleza.

Por las señas que me dieron, mi amigo debia de encontrarse en un pueblecillo llamado Chatou, situado á dos leguas de París.

Eran quince minutos de viaje por el camino de hierro del Oeste.

La mañana estaba hermosa. Cada dos horas iba y venia un tren. Calculé estar de vuelta al mediodia, y emprendí la marcha resueltamente, como quien va á hacer una visita en la ciudad.

Nueve *sous* (unos catorce cuartos; fabulosa baratura) me costó el billete de primera clase de París á Chatou.

Por tan corta cantidad anduve dos leguas muy cómodamente, en compañía de señores condecorados, ya con el boton, ya con la cinta de la *Legion de Honor*, condecoracion que tienen hoy la cuarta parte de los franceses y que no dejan de ostentar ni un solo instante, á veces duplicada y hasta triplicada, segun las prendas que constituyen su vestido.

Venian tambien en el tren algunas damas graves y varias jóvenes modestas; pues ni la hora ni el dia eran de *traviatas*, segun demostraremos despues; y no sé por qué extravagancia de mi imaginacion, di en figurarme que todas aquellas gentes eran alcaldes y alcaldesas de los pueblos vecinos á París.

Por lo demás, cada uno de ellos y de ellas leia muy atentamente su indispensable periódico.

Yo no tenia periódico que leer; pero me solacé á mis anchas en examinar á mis compañeros de viaje y en inventarles historias y caracteres; contemplé arreobado el delicioso caserío de *Anières*, que se mira en las inmóviles aguas del canalizado Sena; saludé la poética aldea de Rueil, rodeada de antiguos árboles y asilo sepulcral de Josefina y de Hortensia, la abuela y la madre de Napoleón III; admiré la remota perspectiva de los bosques de San German, llenos de palacios y de quintas, entre las que me hicieron notar las agujas góticas de la de Montecristo, que visité mas tarde, y al fin eché pié á tierra al principio de una alameda frondosísima que me dijeron conducia á Chatou.

Yo no pudiera describiros la hermosura de aquel paraje ni el encanto de aquella hora. Ningun otro viajero habia hecho alto allí conmigo. El tren se alejó bramando, y su fragorosa respiración se fué estinguendo en el seno de los bosques.

La alameda en que me habian dejado, y que era tan severa y regular como la de un cementerio moderno, se dilatava ante mí, grandiosa, larga y sombría, dejando paso á veces á la pura luz del sol de la mañana. Brillaba el rocío en la menuda yerba. La fina arena que crugía bajo mis piés emanaba un olor acre y vigoroso que se mezclaba con el perfume de las últimas flores del año. Todo, todo era silencio y soledad en torno mio. Únicamente se oía en las altas copas de los álamos el no interrumpido gorgojo de millares de pájaros que se me figuró cantaban para el cielo, no para la tierra...

Conoci que estaba á punto de ponerme muy triste y apreté el paso.

Despues de andar mucho tiempo, y en un recodo de aquella calle de árboles extranjeros, cuya sombra no me creía yo con derecho á disfrutar, distinguí por último una iglesia medio oculta entre el ramaje...

Allí respiré y me detuve á echar un cigarro.—Me parecia como que habia encontrado una persona conocida, que me recomendaba y presentaba en aquellos sitios.

Aquel templo era la primera casa de Chatou,—separada aun de la aldea algunos pasos.

A otra vuelta de la arboleda, descubrí ya todo el pueblo.

En él se veían combinados el sosiego y la civilización, la paz del campo y la policía urbana, el idilio y la limpieza, la poesía y la comodidad.

Chatou es una de tantas poblaciones como sirven de auxiliares á Paris. Sus productos van todos los dias al mercado de la capital.

El piso bajo de la casa en que vivía (por ejemplo) Mr. Iriarte, era un vasto laboratorio de lavar y planchar ropa, cuya directora vivía en Paris y hasta creo que arrastraba coche.

Como este establecimiento, tenia otros varios en diversos puntos.

Es decir que aquella señora habia emprendido el lavado en tal escala que podia aspirar, y acaso era esta su noble ambición, á ser con el tiempo lavandera general de todas las camisas de Paris.

Introducido en las habitaciones de Mr. Iriarte, que dormía tranquilamente, tuve un momento de verdadero placer mezclado de orgullo, al pasear mis miradas por su gabinete de artista, antes de resolverme á despertarle.

Por todos lados veía bocetos, dibujos, cartones, aguadas, cuadros empezados... y todo referente á España.

En una parte tipos andaluces; en otra un barrio de Tetuan; aquí el retrato de un amigo y compatriota mio; allí uniformes de nuestro ejército; y colgados en las paredes y rodando por el suelo cien objetos curiosos, recogidos en su expedición por España y Africa; armas, muebles, ropas; el ros, el sombrero calañés, la faja árabe ó la cordobesa, y mi cama de campaña, que yo le regalé el

dia que dejé el campamento, y la vajilla mora que compramos juntos en la Judería, y la gumiá que él recogió en una batalla, y libros españoles, y vistas de Madrid...



Arco de la Estrella en Paris. 95

Sobre un voluminoso manuscrito se leía en gruesos caracteres: *La société espagnole*.

Era un libro que despues ha publicado.

Sous la tente (Bajo la tienda) decia el letrado de otro legajo.

Las entregas de mi *Diario*, ó sea de nuestro *Diario*, andaban revueltas con dibujos suyos que yo le sugerí ó que él habia hecho despues, recordándome indudablemente.

11037

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Toda la habitacion, en fin, como toda la vida de Mr. Iriarte, estaba consagrada á España.

La noche antes se acostaria pensando en mi patria, despues de haberla dedicado una larga vigilia con el lápiz ó la pluma en la mano.

En aquel momento quizás soñaba encontrarse en Tángers ó en Barcelona, en Madrid ó en Andalucía.

Considerad, pues, cuál seria su sorpresa al sentirse turbado en su sueño por mi voz amiga y por mi habla española, que le decian como en otro tiempo:

—¡Arriba, Carlos! ¡Ya tocan *diana*!

Algunos minutos despues, era ya cosa convenida que Mr. Iriarte me acompañaria á Italia.

—La vida de París es insoportable, me decia mi amigo, que es poeta hasta la médula de los huesos. No hay mas existencia honrosa que la que hemos llevado juntos y la que nos proponemos llevar. Mira cómo vivo. Pues asi y todo me devora una singular nostalgia; la nostalgia de la tienda. La civilizacion no ha inventado nada tan grande ni tan bello como aquella vida al aire libre, como aquellas salidas de sol por el Mediterráneo, como aquellas puestas de sol tras el humo de los combates, como aquellas comidas frugales sobre la yerba, como aquellos largos dias á caballo; como aquella intimidación del hombre con la naturaleza, que nos achicaba y engrandecía al mismo tiempo...

En esto ya se habia vestido.

—Ven, me dijo; te voy á llevar á mi comedor: almorzaremos juntos y en seguida nos iremos á París.

Salimos á la calle: atravesamos la via principal del pueblo; bajamos una cuesta que se retorcia entre dos tapias, y me encontré como por encanto á las orillas del Sena; pero en un paraje solitario, verdaderamente campestre, en que no se veia otra vivienda humana que las que dejábamos atrás.

Solo allá, á la izquierda, como á media legua, se percibia un gracioso puente de ferro-carril.

La orilla opuesta del rio era un cerrado bosque, cuyo ramaje oscuro se retrataba en las tranquilas ondas.

—¡Luis! ¡Luis! gritó Mr. Iriarte; y su voz se dilató vibrante por tanta soledad y tanto silencio.

Yo estaba enagenado de placer. Y es que nunca hubiera imaginado que quedase en Francia un lugar tan apacible, un refugio de tanto sosiego, tanta naturaleza olvidada en que poder campar por mi respeto, y descansar de las oficiosidades y previsiones de la actividad francesa.

Abrióse el ramaje á la otra márgen del rio, y apareció un jóven, vestido de marinero, esto es, medio desnudo, descalzo, descubierta la cabeza, con un calzón de lienzo azul y una camisa encarnada, que solo le tapaba los hombros y la cintura; un bellissimo mancebo, robusto, blanco, asoleado, con el largo cabello y la incipiente barba de color de oro y algunos tonos cobrizos; un pescador, en

fin, no tal exactamente como los pescadores son en realidad, sino como lo hubiera idealizado un artista.

Aquel jóven saludó con un grito inarticulado á Mr. Iriarte; empujó con el pié un barquichuelo medio escondido entre la yerba y en que yo no habia reparado; saltó dentro de él con la agilidad de un gamo; asió los remos sin sentarse, y vino hácia nosotros, hendiendo los cristales del rio como una exhalacion.

Al cabo de un momento atracaba el barquichuelo á nuestros piés.

Iriarte y el pescador se dieron la mano cariñosamente y se tutearon al preguntarse por la salud.

Entramos en el hote; mi amigo tomó los remos y pasamos al otro lado.

—Estás, me dijo, en la *Isla de Croissy*; esto es, en una isla desierta, inculta, y sin embargo tan feraz como puedes ver. Confiesa que nunca hubieras esperado encontrar la isla de Robinson á las puertas mismas de París.

Yo no acertaba á creer lo que veia. La tierra en que habíamos desembarcado era, en efecto, una isla de trescientos ó cuatrocientos pasos de anchura por media legua de longitud. Parecia una larga embarcacion anclada en medio del rio. Estaba inculta y despoblada. Un pomposo y enmarañado bosque la llenaba de sombra y de misterio. Apenas se lograba ver el cielo por algunos claros de aquella bóveda de ramas; y sin la luz que penetraba horizontalmente por entre los troncos de los árboles, éasi toda la isla se hubiera hallado sumida en las mas espesas tinieblas. Una mullida alfombra de yerba, siempre verde, húmeda y perfumada, cubria las sendas y las escasas plazoletas que se hallaban á veces entre el densísimo arbolado. ¡Y qué paz, qué silencio, solo turbado por las aves; qué fresco y embalsamado ambiente en aquella afortunada isla!

Pero tiempo es ya de que os explique como me lo explicaron á mí el singular fenómeno de verse desatendida tan rica tierra por una gente tan aprovechada y utilitaria como nuestros vecinos.

Parece ser que el último marques d'Aligre, muerto en 1847, descendiente de aquellos marqueses d'Aligre que figuran tanto en los reinados de Luis XIII y Luis XIV, y famoso él tambien como dignatario del imperio y par de Francia que habia sido en tiempo de Luis XVIII, legó esta isla, propiedad suya por herencia, al pueblo de Bougival, de que ya hablaremos, con la condicion de que nunca se edificase nada en su recinto ni fuesen sus tierras de dominio particular.

La razon que tuvo para testar así el noble marqués (cuya antigua vivienda, especie de castillo,—aun se levanta, no mas alta que los árboles que la cercan, en un ángulo de la isla; pero sin que la habite nadie), la razon, digo, de tan feliz humorada fue el deseo de perpetuar los bailes nocturnos que los pescadores y *canotiers* del Sena daban allí en su tiempo y en los que de seguro hubo de divertirse grandemente el señor marqués.

Pero aquí se me hace necesario hablaros de los *canotiers* del Sena.

Entre los innumerables placeres que se han proporcionado los jóvenes parisienses de la clase media, reyes de la inventiva en todo, y muy particularmente

cuando se trata de gozar, lo es uno el de salirse de París en una canoa ó piragua, vestidos de marineros, y vogar dos ó tres leguas por el Sena, buscando aventuras, pasando de balde de una orilla á otra á las mujeres ó á los pobres que andan desalados por llegar á un puente, concertando regatas y apuestas, paseando á sus amadas, si las tienen, y si no, á las amadas de otros; y en fin, haciendo todo lo posible porque les suceda algo de lo que se refiere despues en las novelas.

Ahora bien, ciertos dias festivos del verano, toda esta gente y la mucha que arrastra en pos de sí, como tambien algunos habitantes de los pueblos circunvecinos, se reunen en la isla, y pasan la noche cantando, bailando, comiendo y bebiendo en la espesura, que iluminan como pueden ó dejan en amable sombra, dando lugar á todo género de lances y sorpresas y produciendo la bacanal mas ilimitada, mas deshecha, mas delirante que registran los anales de Sardanápalo ó de Neron.

Los impúdicos bailes de *Mabille* no son sino *soirées* muy ceremoniosas en comparacion de una verbena de la isla de Croissy. *Mabille* podrá ser Pompeya ó la *Porta Capuana* de Nápoles. Pero Croissy es algo mas antiguo, mas natural, mas mitológico. Es Chipre; es el olimpo pagano. No es la orgia social; es la orgia animal. Es el amor en los bosques, la realizacion de los satyros y las ninfas, la desnudez griega, la Arcadía sin la inocencia ni la poesia.

Ya volveremos á este asunto.

De buena gana me hubiera pasado el dia entero en la isla entonces desierta, platicando con mi discreto amigo... (El hermoso pescador habia desaparecido por entre las ramas.) Parecíame hallarme en el paraiso terrenal, en aquel verjel inculto que habitaron algunos dias nuestros primeros padres; pero la relacion que Mr. Iriarte me hizo de las profanaciones que habia presenciado aquella selvática soledad y el hambre que principiaba á terciar en nuestra conversacion, me estimularon á levantar el campo.

Llegamos, pues, al otro lado de la isla.—Allí habia un embarcadero y una gran barraca de madera, construidos dentro del mismo rio, á fin de no faltar al testamento del marqués d'Aligre.

Aquel brazo del Sena era aun mas ancho que el que separaba á Chatou de la isla, y al otro lado de él percibiase una pequeña llanura de la que se levantaba una suave montaña toda cubierta de arbolado y sembrada de vistosas quintas, algunas de ellas con honores de palacios y otras con el aspecto de castillos.

La opuesta márgen del rio era sumamente amena, y estaba cultivada.—En frente del embarcadero en que nosotros nos hallábamos, se alzaba una casa modesta, pintada de rojo y amarillo, de forma irregular, con dependencias propias de una casa de campo.

Sobre un lienzo de pared, se leia en enormes letras:

Maurice, pêcheur. (Mauricio, pescador.)

Mr. Iriarte desató una de las canoas que habia amarradas al embarcadero; penetramos en ella, y pusimos el rumbo á la casa de Mauricio.

—Todos los dias, me dijo el jóven artista, paso cuatro veces el rio de la manera que ves: dos de ida y dos de vuelta: yo almuerzo y cómo siempre en casa de Mauricio, y trabajo y duermo en Chatou.

—¿Y por qué no trabajas y duermes en casa de Mauricio? le pregunté.

—Porque entonces no haria esta travesia tan deliciosa dos veces por la mañana y dos veces por la tarde.

Yo me moria de envidia. Yo me arrepentia de haberme impuesto la obligacion de ir á Italia. Yo no me acordaba ya de París.—Estaba perdidamente enamorado del género de vida que hacia Mr. Iriarte.

Llegamos en casa de Mauricio.

VI.

El pescador Mauricio.—Costumbres parisienses.—Un suicida.—La misa de Bougival.

En el momento que nosotros llegamos, Sofia y Carlos, los hijos del pescador, aquella de diez años de edad y este de siete, hermosa ella como un ángel y travieso él como un demonio, recibian el beso de una vieja, hermana de su abuelo materno, y se disponian á partir juntos á la escuela de Bougival, gracioso pueblo situado á un cuarto de legua de aquella casa siguiendo la misma orilla del rio.

Todos los dias hacian los dos niños este viaje de ida y vuelta, provistos de libros, alguna labor femenil y la correspondiente merienda, que Carlos queria llevar y que Sofia le negaba, temiendo que se la comiera antes de la hora en que seria de urgente necesidad.

Los dos hermanos hicieron muchas caricias á Iriarte y se alejaron al fin triscando como dos corderos á quienes se da suelta para que vaguen por los prados.

Mauricio se hallaba pescando. Su mujer habia marchado á París en el primer tren de la mañana. La abuelita, pues, se encargó de disponernos el almuerzo.

—Queremos, dijo Iriarte, pesca de hoy. Nosotros buscaremos huevos en el corral, pues oigo cacarear á las gallinas, y cogemos fruta en la huerta. Hoy no he tenido tiempo de buscar setas en la isla. Las sustituiremos con patatas. Del vino nada tengo que decirle.

—¿Y dónde almorzarán ustedes? preguntó la anciana, que se reia como una bendita de Dios al oír á mi amigo.

—En la glorieta, respondió este, indicándome que le siguiera.

Yo estaba atónito, sin acertar á persuadirme de que habia andado trescientas leguas para hacer una vida semejante, y sin acabar de creer que me hallaba en Francia y á pocos minutos de París.

Buscamos los huevos y las frutas; volvimos á la cocina; añadimos algunos perfiles á nuestro almuerzo, y nos fuimos por último á esperarlo en la glorieta.